

Primer premio
Categoría 20 a 35 años

Adriana Bernal

El tiempo del destiempo

Adriana Bernal

In memoriam Roberto Vallarino

A manera de introducción

Desde muy pequeña me interesó aquello que tuviese que ver, de uno u otro modo, con el tiempo y su transcurrir en el espacio. La sola idea de que este no fuese ni lineal ni real, sencillamente me apasionaba. Pensar el tiempo como un "invento mortal" generaba en mí las más inexplicables suspicacias. ¿No era, sin embargo, el tiempo, el ser único capaz de responder aquellas nuestras dudas? ¿No era el tiempo filosófico la posibilidad de transformación? ¿No era en la temporalidad, en aquella generada desde determinados contextos que se facilitaba la reflexión? ¿No era a partir de la lectura de nuestro tiempo que podríamos atisbar cómo serían los siguientes tiempos?

Del padre tiempo a las manecillas del reloj, pasando por las frases hechas como "El tiempo dirá", "Tiempo al tiempo", "Estos nuestros tiempos", "Aún no es tiempo". De Aristóteles y su "Tiempo es la medida de movimiento entre dos instantes", pasando por Renato Leduc y su "Sabia virtud de conocer el tiempo", llegué al encuentro del otro tiempo del tiempo cuando leí *Todos los hombres son mortales*, de Simone de Beauvoir.

¿Era acaso ese mi tiempo y no otro, donde el destiempo se hacía presente para en su lapso, transformarme en lo más interno?

Fue un encuentro causal. Llegó de Él, aquel que firmaba sus primeros escritos, los que muy pocas personas leyeron, como F. Urquiza. Formaban parte de su más íntima relación con la palabra y aquello que daba sentido a su tiempo. Sin embargo, los más, leyeron a Roberto Vallarino: poeta al que, cuando yo lo conocí, no sólo se le consumían los versos sino la vida y, dada su enfermedad, la vista.

Decidido a educarme literariamente, a despabilarme, y sobre todo a enseñarme el valor del ritmo y la cadencia escriturales, mientras platicábamos, entre la escritura de su columna, sus paseos por Coyoacán y uno que otro hielo en un vaso transparente, me interrogaba sobre mis lecturas y mis aspiraciones. Entre esas charlas, él escogía un libro a la semana para

releer y, tras concluir *Retrato de un artista adolescente*, me dijo: "¿Conoces a Fosca?". Ante mi negativa, se levantó de su silla giratoria y se paró frente a la sección del librero de su estudio, donde estaban sus "Obras selectas". Vi el mamotreto y dije para mis adentros: "Estoy frita, no sólo me voy a quedar sin lengua, sino que en leer esto nos vamos a tardar como un mes." Perceptivo como era, como si intuyera lo que por mi mente pasaba, me dijo: "Seguro ni sabes quién es (se refería a Simone de Beauvoir, lo entendí más tarde), pero creo que te va a apasionar". Me quedé callada. Él tenía su propio plan.

Esa misma tarde comenzamos la lectura. Siempre en voz alta. Resubrayando. Recordándole lo que él, en otro tiempo, había subrayado. Me enamoré de Fosca y de Simone de Beauvoir. Empecé a cuestionarme entonces, eso que ya llamaban tiempo atrás, "novela filosófica". Me dolió la mortalidad pero más aún la inmortalidad. A golpe pausado, cuando pienso en F. Urquiza, pienso en Fosca y, al unísono, en Forrester (personaje de ficción de la película *Descubriendo a Forrester* [Estados Unidos, 2001] y en el que quizá me detenga más adelante), para entonces volver a Simone de Beauvoir quien, en aquel momento era sólo, por desinformación preparatoria, "la esposa de Sartre".

A Fosca tendría que conformarme con descubrirlo cada día, de lunes a viernes, en horas hábiles, en casa de Vallarino. Yo quería saber más y fui a las librerías de viejo de la colonia Roma. No encontré *Todos los hombres ...* (hasta la fecha no la encuentro en español) pero no con poco esfuerzo hallé *Los mandarines*. No quise abandonarla nunca más. La "novela filosófica" era posible con voz y cuerpo femeninos. La línea de tiempo que va trazándose en las palabras de la autora hablaba no sólo de su tiempo, sino del tiempo y su destiempo. También podía trazarse un nuevo sendero donde el tiempo estuviese regido no sólo por aquel llamado literario sino por el histórico, quien a ratos histérico a ratos histriónico, facilitaba hacernos de una historia para narrar la Historia, siempre personal, pero dotada de implicaciones; surgida no sólo del imaginario sino de la interpretación de aquello que consideramos real.

Vuelvo entonces al inicio de los tiempos y sus destiempos, ahí donde Renato Leduc, increpa: "la palabra tiempo no tiene consonantes, es decir no hay palabras que rimen con ella a no ser derivadas de ella, como contratiempo y destiempo, por lo tanto no se puede rimar más que con ella misma". Del mismo modo, Simone de Beauvoir, sólo rima con ella misma y con las palabras que de ella devienen. He ahí su particular tiempo del destiempo.

El tiempo del destiempo

Estoy convencida de que toda lectura es no sólo una re-escritura sino, también una relectura, tanto del autor como de uno mismo. Más allá de las cartas, los diarios, las biografías, la creación literaria da sentido al mundo paralelo, al alter ego, a la vívida racionalidad emocional y al más pulcro sentir de aquel que escribe.

Simone de Beauvoir a lo largo de su obra literaria ha de ir en lo lingüístico configurando su concepto del tiempo y construyendo metafóricamente un reloj que la explique puntual y sin retraso, perfecto; reloj que, a golpe de segundero y bajo la rítmica de su "tic-tac", deviene un "tiempo inmortal". Simone de Beauvoir es Raymundo Fosca. Simone está ahí, en la mecedora de su época cualquiera, mirando el paisaje del tiempo que la explica y transforma, que le da existencia y la construye, donde su estar dolorido no es sino la conciencia del más allá del pensar, donde la posibilidad es repensarse distinto para llegar a la cita, continuamente a destiempo: esa obra de teatro que ha puesto en escena, ha comenzado ya y ella, todos, hemos de irnos antes de que concluya. Lo que no sabemos, ni viviremos para verlo, es cuándo y quién baja el telón. Lo cual en Beauvoir es no sólo preocupación filosófica sino motivo de furia personal que ha de irse sublimando, y a partir de lo que es claramente una obsesión ha de configurarse su obra.

Y cuando hablo de escenarios y representaciones, pretendo ir más allá. Atrapar el símbolo y resignificarlo desde y a partir de ella misma. Desde su *ópera prima* (*La invitada*, 1943), Beauvoir ha de montar aquello que sería el primer acto de su Gran Representación, para hacer explotar a teatro lleno la emotividad humana desde el mejor de los escenarios posibles: su vida misma, su momento de vida encorocado: "Miro a Gerbert con un poco de fastidio; un amor era de todos modos menos sencillo de lo que él pensaba. Era más fuerte que el tiempo, pero, sin embargo, se vivía dentro del tiempo y había, instante por instante, inquietudes, renunciamentos, leves tristezas; por supuesto, todo eso no contaba, porque uno se negaba a que contara: a veces hacía falta un pequeño esfuerzo".

¿De dónde partir si no de uno mismo? Sus influencias son de dominio común y no me detendré en el detalle, pero sí en los engranajes que ella ha de ir haciendo funcionar con tal fuerza que los lleva al clímax a partir del mecanismo de la mortalidad.

Sí. Mientras el pensamiento es inmortal, la corporalidad no lo es. Supereditar uno al otro es, por decir lo menos, una jugarreta destinal desafiante *in continuum* y *ad infinitum*. Pueden morir personajes o personas, no así la idea

de existencia. Aun cuando el personaje muera, la obra literaria, su filosofía, permanecerá. La inmortalidad está dada en la construcción de un discurso congruente en sí mismo que, al expresarse, "revive" reinventándose al complementarse. Es constante, de ahí el impacto. De ahí su fuerza "eterna".

¿Cuáles son entonces esos hilos en los que teje su inmortalidad la obra de Simone de Beauvoir? ¿Cuál es el tiempo que rige su obra? Tres, en apariencia sencillas, vertientes: discurso, amor y vejez, a partir de una fuerza estructural lingüística vital: el diálogo. Más tarde, habría de repensarse la idea de que Simone de Beauvoir ha construido, valga el concepto, una inmortalidad de la mortalidad, donde es la conciencia de uno mismo (siempre ella misma) lo que cobra valía y esta es entonces, el mecanismo de "salvación", pues lo que se ha elegido, en realidad es "a sí misma".

En esta construcción filosófico-literaria, el final de *La invitada* es memorable: "Sola. Había obrado sola. Tan sola como en la muerte. Un día Pedro sabría. Pero hasta él conocería ese acto sólo de afuera. Nadie podría condenarla ni absolverla. Su acto sólo le pertenecería a ella. 'Soy yo quien lo quiere'. Era su voluntad la que se estaba cumpliendo, ya nada la separaba de sí misma. Había elegido por fin. Se había elegido".

¿Qué pasa entonces con esa mujer que se ha convertido en personaje de sí misma? ¿Es esta acaso la primera señal de que ha de ir entretejiendo el concepto de existencia y llevándolo a terrenos distintos a los explorados? No me atrevo a esgrimir sino una hipótesis: ha encontrado en el intimismo una tabla de salvación, y en el existencialismo una estructura fundante. Será entonces el diálogo, ese vehículo de expresión temporal, lo que le facilitará la inmortalidad y hará factible, a lo largo de su Obra, distinguir la metáfora viva de "lo personal es político", pues ambos ejes estarán ahí, rompiendo incluso con el término "ficción", concepto que, en la obra beauvoiriana no existe en tanto cobra sustancia el término "sustitución de lo real". Particularmente, creo que, si habríamos de utilizar algún término, este debiera ser "reconfiguración de la 'realidad'", en tanto personas y acontecimientos dan cuenta de un tiempo que, hoy día, también a nosotros puede, o no, llegarnos a "destiempo", proponiendo así una Historia fraguada, construida y constituida, en el "sintiempo".

¿Dónde se anida entonces este "entretiempo" beauvoriano? Ensayo en decir que en otra de sus vertientes planteadas con antelación: la muerte. La conciencia de esta, que a su vez surge del reconocimiento de que "Dios no existe", explicitado ampliamente en el capítulo dos de *Los Mandarines*, cuyo inicio avizora trayectos que habrán de recorrerse y re-conocerse a lo

largo de su obra: "No, hoy no conoceré mi muerte; ni hoy ni ningún otro día. Estaré muerta para los otros sin haberme visto morir jamás".

La muerte llega, sin embargo, no de mano de Dios y sí de manos de la vejez. Intolerante, invasiva. No hay argumento que le valga ni la invalide. A pesar de su negación. A pesar de Simone misma, como lo expresará cargada de rabia, al cierre de *Una muerte muy dulce*: "No se muere de haber nacido, ni de haber vivido, ni de vejez. Se muere de algo. Saber que mi madre por su edad estaba condenada a un fin próximo no atenuó la horrible sorpresa: tenía un sarcoma [...]. Mi madre alentaba al optimismo cuando impedida y moribunda ella afirmaba el precio infinito de cada instante... No existe la muerte natural: nada de lo que sucede al hombre es natural puesto que su sola presencia cuestiona al mundo. Todos los hombres son mortales: pero para todos los hombres la muerte es un accidente y, aun si la conoce y la acepta, es una violencia indebida".

A modo de conclusión

El encuentro causal narrado al inicio de estas páginas no era casual sino espiral de tiempo, segura estoy, a destiempo. Los vínculos que gustamos de llamar "influencias literarias" o "de pensamiento" no hacen sino en cada caso en particular, configurarnos. La obra de una pensadora de nuestro tiempo como Simone de Beauvoir no hace sino facilitarnos el recorrido por esos otros tiempos que no conocimos pero que nos marcan, que nos siguen o persiguen y nos dan figura y fondo, seamos capaces o no, de reconocerlos. Ella es no sólo guía y pauta, sino testimonio. A pesar de sus detractores. También, gracias a ellos. En un mundo diverso y ciclotímico, bien nos viene el ejercicio de memoria, la visibilidad de una (entre tantas) posibilidades.

Dios ha muerto y Simone no. Su obra y pensamiento son inmortales. Ahí en la espiral intergeneracional y en su lapso es donde se da la viabilidad de re-configuración, re-valoración y significación del discurso. De la palabra que nos da sentido y el pensamiento diferenciado, complementario y, algún día integrador. Ya lo dijo, Raymundo Fosca: "Duro trabajo, morir, cuando se ama tan fuertemente la vida" ●

